

VIII

LAS RECLUSAS DE BONAGUIL

Un encuentro inesperado debía ser causa de un cambio completo en la vida de Sed de Amor, probando al mismo tiempo que Matraca no se equivocaba por completo al formular sus profecías.

El castillo de Bonaguil fué construido en los años de 1450 á 1480 en la cumbre de una colina que avanza á modo de cabo hacia el valle del Lot, río muy pintoresco por los numerosos meandros que describe entre espléndidas escarpaduras.

Dicha antigua mansión, de la que apenas quedan escasos vestigios aún imponentes, dominaba el valle, en la época á que aludimos, con su ciclópea muralla, pues hubo de ser construida para que pudiese resistir á todos los ataques, aun á los más furiosos.

En realidad, el muro de defensa no tenía ya razón de ser, pues la parte del castillo coronada por la torre barragana, es decir, la fortaleza propiamente dicha, quedó

por entonces desalojada, pasando las moradoras del mismo á habitar una mansión menos guerrera.

Una escalera monumental tallada en la roca viva bajaba desde la muralla hasta la capilla situada á un nivel inferior en la parte alta del parque, cuyas plantaciones extendíanse en el fondo, subiendo luego hacia Salvatierra la Lemance.

Desde más de nueve años antes, desde que por obra de una perfidia de Catalina de Médicis las puertas del castillo de Vincennes habíanse cerrado tras el noble Jacobo de Villanueva-Marsan, la marquesa María y su hija Solange vivían enclaustradas en Bonaguil, bajo la custodia de Cortansio, viejo escudero del marqués, y acompañadas de muy reducida servidumbre.

La marquesa no recibía á nadie absolutamente. Su única preocupación, aparte de su duelo, era la educación de Solange, quien instruíase, muy rudimentariamente por cierto, bajo la férula de don Mateo, capellán del castillo.

El lector comprenderá sin dificultad que, colocada en tan austero retiro, é influida por el dolor inagotable de su madre tanto como por la poco grata pedantería del excelente capellán, Solange debía fatalmente sucumbir, languidecer, enfermar moralmente. Y eso es precisamente lo que sucedió en la época crítica de la pubertad, que para ella llegó con algún retraso.

Ya no la distraían los trabajos de aguja, ni la recreaban los paseos por el parque. De ahí que permaneciese encerrada días enteros, triste y pensativa, y desmejorándose por momentos. Su doncella Pierrila

fué la primera en percatarse de la brusca metamórfosis, avisando enseguida á la marquesa, quien á su vez consultó el caso con don Mateo. Este, que como preparador de remedios caseros no tenía rival en veinte leguas á la redonda, prescribió al punto una tisana y practicó una sangría con resultado negativo. Lejos de mejorar, Solange se sintió más débil. Entonces don Mateo recomendó el ejercicio; la equitación, en el parque. Pero aunque la joven, obedeciendo á la prescripción, hizo cuanto le fué posible por cumplirla, es lo cierto que luego de dar la vuelta al parque, como la fiera enjaulada recorre el estrecho perímetro de que dispone, se encerró de nuevo en sus habitaciones y dominada por la debilidad creciente, hubo de guardar cama.

Don Mateo, consternado, confesó á la marquesa que agotada la lista de los remedios conocidos sin que éstos hubieran dado resultado, se declaraba impotente para inventar otros nuevos y se disponía á ensayar uno que antojábasele soberano : comenzaría una novena.

Más positiva que el ignaro cura, Pierrila asustó á Cortansio asegurándole que su ama se moría; y tanto insistió en el próximo fin de la muchacha si á su estado anormal no se ponía pronto remedio, que el viejo escudero, olvidando por un momento su severa consigna, fuése á Fumel, y de allí regresó acompañado de un médico, y de una gitana de edad dudosa pero de admirable belleza.

Hácese indispensable declarar aquí, para la mejor comprensión de nuestro verídico relato, que entre los llamados médicos en aquella época dominaba en abso-

luto el empirismo, hasta el punto de que cuidaban á sus enfermos con arreglo á las lecciones de la experiencia, pero sin seguir método alguno, sin ajustarse á ninguna teoría. Los médicos no eran más que charlatanes, y la propia ignorancia les obligaba á las veces á aceptar hasta con gratitud el auxilio de las prácticas de hechicería, con tanto más motivo cuanto que eran en gran número las personas cuya fé en los efectos del sortilegio parecía indestructible.

La gitana que llegaba al castillo no era del país. Habíanla encontrado Cortansio y el médico, y á ruegos de ambos y tras breve explicación que ellos le hicieron, consintió en sumar sus conocimientos á los que sin duda poseía el físico, en provecho de la noble enferma.

La marquesa de Villanueva-Marsan era buena cristiana. Sin embargo, en aquellas circunstancias que á ella se le antojaban desesperadas, vió sin desagrado que el médico llegara en la compañía de una de esas egipcias cuya ciencia pasaba por maravillosa.

Condujo pues á ambos á la cabecera del lecho de Solange. Interrogada y consultada la paciente, el empírico declaró :

— No es nada.

— ¿Nada? — preguntó la egipcia. — A mí me parece por el contrario muy grave.

— ¡Bah! Un poco de cansancio...

La nómada se encogió de hombros, murmurando entre dientes.

— ¡Ignaro!

— Con un poco de reposo, — añadió el médico — el restablecimiento será rápido.

— ¡ Verdugo! — dijo la mujer. — ¿ Es acaso que deseas la muerte de esta pobre niña?

Solange, bastante postrada, no concedía atención á aquel duelo de eminencias que tenía lugar á la cabecera de su lecho; en cambio la pobre madre hallábase como sobre carbones encendidos.

El médico, asombrado, preguntó á su irritable interlocutora :

— ¿ De qué crees tú que se trata?

— De lo que es en realidad. Porque yo veo lo que no puede ocultarse á mi doble vista. Esta niña, señora, se consume á la sombra de la negra montaña de piedras que bautizáis aquí con el pomposo nombre de castillo... Lo que necesita es aire, espacio, libertad... Si no se hace lo que yo diga, si no se hace al momento, sabed que cada hora de retraso ahondará un poco más la tumba hacia la cual se inclina la pobre...

La marquesa interrumpió, suplicante.

— Decid pronto lo que conviene hacer.

— ¿ Es buena amazona? — preguntó la egipcia.

— Sí.

— Pues que monte á caballo mañana mismo...

— ¡ Pero si no podrá!

— Sí que podrá. Que monte pues á caballo y que se aleje de los muros de su cárcel...

— ¡ De su cárcel! — gimió la marquesa. — ¡ Señor omnipotente! ¿ Pero no es acaso su cárcel la misma de su madre?

— No se trata de que la abandone en absoluto; — insistió la hermosa egipcia. — Volverá á ella; pero volverá revivificada, curada, decidida á vivir si...

— Hablad, hablad, — suplicó la madre; — decid cuanto sea preciso.

La gitana continuó impasible :

— Si consentís en que deje caer en la gruta de la Magdalena, con objeto que la abandone el espíritu malo que se ha apoderado de ella, la suma de mil libras parisinas de oro.

El empírico se estremeció al oír tales palabras. ¡ Mil libras! ¡ Una fortuna! ¿ Por qué la hermosa gitana aconsejaba que fuese arrojada á un abismo sin fondo suma tan tentadora, en vez de hacérsela entregar para repartirla entre ambos?

La marquesa vacilaba, sin saber qué respuesta convenía dar á proposición tan inesperada. ¿ No sería mejor entregar tal suma á una comunidad, ó emplearla en cualquier obra piadosa grata á los ojos del todopoderoso?

— ¿ Quién me prueba que no pretendéis engañarme? — dijo por fin.

— Mi desinterés. Yo no pido nada para mí.

— ¿ Y es la Magdalena quien salvará á mi hija?

— El salvador, — contestó enigmáticamente la gitana, — caerá de lo alto de las rocas ó surgirá del fondo del río.

Solange llevaba algunos momentos escuchando lo que se decía en torno suyo. No le parecía muy claro todo aquello; pero como en realidad deseaba con toda

su alma salir de Bonaguil, y aquella mujer parecía haber adivinado sus deseos y demandaba que fuesen realizados, hubo de simpatizar con ella, y para ayudarla sin duda, dirigió á su madre miradas suplicantes.

— ¿Dónde está esa gruta? — preguntó la marquesa.

— En los Eyzies, cerca del castillo de Marzac, donde es posible encontrar hospitalidad por una noche.

No hubo más ni menos. Pero es de presumir que en el decurso de aquella noche la marquesa debió pensar que la salud de su hija valía más que todas las libras del mundo, y que adquirirla por mil de ellas no era muy caro, por cuanto en la mañana del siguiente día la gran poterna de Bonaguil abríase de par en par para dar paso á una cabalgata que tomó enseguida la dirección de Salvatierra la Lemance.

Y quiso la casualidad que en aquel momento pasara no lejos de allí Sed de Amor, en requerimiento del lugar donde una bella y honesta dama de las inmediaciones habíale dado cita... á la que el galán no debía concurrir, como verá el curioso lector.

Componíase la cabalgata de dos damas, de un escudero y una sirvienta. Marchaban todos con lentitud, y pasaron muy cerca de Sed de Amor, aunque sin verle por haberse éste escondido tras de unos jarales.

Olvidando de pronto el objeto de su matinal paseo, lanzóse Bernardo á campo traviesa hacia la casa de Matraca por delante de la cual debían pasar forzosamente las Amazonas. Arrastró al palurdo hasta colocarlo detrás de una de las ventanas, cuyas maderas estaban entornadas, y allí, señalándole al camino :

— Vas á decirme, — le dijo — quiénes son las personas que van á pasar por ahí... Procura sobre todo que no te vean... ¿Distingues las caras? ¡Vamos, habla!

— Esperad, señor caballero; — decía el buen Matraca sorprendido. — Pero ¿qué veo?

Protábase el hombre los párpados como si dudase del testimonio de sus sentidos.

— ¡Cosa más rara!... ¡Ellas! ¡Las dos! ¡Y en el camino!... Si que es un acontecimiento...

La impaciencia devoraba á Sed de Amor.

— ¡Habla de una vez, lengua de mujerzuela! — le dijo casi al oído. — ¿Quiénes son ellas? ¿Las conoces?

— Claro que sí, puesto que acabo de decirlo.

— Pues entonces, mala sangre, habla de una vez... ¿Sus nombres?

Bernardo estaba furioso, agitado por violenta emoción; y hubiérase dicho que su alma entera se concentraba en la mirada que lanzó hacia el camino. Por él desfilaban en aquel momento las cuatro personas que componían la cabalgata, en plena luz, y bien ajenas á que alguien las observaba con intensa curiosidad.

— Este demonio de hombre es un volcán — pensaba Matraca. — Y siempre así, de pronto, como un estallido... No sé ni cómo no se queda en uno de ellos.

Decidido al fin á contestar, dijo con calma.

— Es de creer que hay por ahí alguna peregrinación, señor caballero; porque de no ser así, no veríamos corriendo los caminos á las que nadie ha visto todavía fuera de su castillo, á las dos damas de Bonaguil...

— ¡Las damas de Bonaguil! — repitió Bernardo. —

Me lo figuré, pero quería estar seguro... Dime, la que va delante es la marquesa ¿verdad?

— Claro que sí. A su izquierda, un poco más atrás, cabalga su hija, la señorita Solange.

— ¡Solange! repitió Bernardo de Arma comprimiéndose el pecho con ambas manos. — ¡Es hermosa como un sol! Y ese nombre le cuadra á maravilla. ¡Solange, solo ángel, ángel único!

— ¡Bueno! — suspiró en voz baja el escudero. — Ya tenemos á don Bernardo enamorado y haciendo tonterías... ¡Y por quién, Señor! Aunque bien mirado, y á falta de otra cosa, no me parece un contrasentido intentar la conquista de esa fortuna y *casarnos* á ser posible con esa heredera única.

Los caballos desaparecían ya casi á la vuelta de una granja situada junto á la entrada del pueblo cuando Matraca, dándose un soberbio puñetazo en la cabeza, se puso á dar vueltas como un trompo.

Acababa de distinguir, sujeto á la grupa del caballo de Cortansio, un saco de cuero amarillo que parecía repleto de algo pesado, y abultando no poco.

— ¿Desearía acaso el señor caballero saber á dónde se dirigen esas damas? — preguntó.

Bernardo contestó con otra pregunta:

— ¿Lo sabes tú por ventura?

— Si lo ignorase no le hubiera propuesto al señor caballero el decírselo. Tengo la seguridad, — continuó Matraca, — de que van á diez ó doce leguas de aquí hacia la gruta de la Magdalena.

— ¿Y qué van á hacer en esa gruta?

Matraca se pavoneó para decir:

— Ha de saber el señor caballero que en medio de esa gruta se abre un precipicio sin fondo, en el cual, y obedeciendo órdenes de una pagana, esas señoras van á dejar caer una lluvia de monedas de oro.

— ¿Te burlas de mí, — preguntó airado Sed de Amor, — ó te has vuelto loco?

— Ni lo uno ni lo otro, — dijo Matraca.

Y en pocas palabras explicó cómo el médico de Fumel, que se hallaba bastante bebido, había explicado aquella misma mañana á todo el que quiso oírle, de qué modo y por qué precio le había asistido en su visita á Bonaguil una egipcia transeunte.

Cuando hubo acabado de hablar, Sed de amor le preguntó:

— ¿Te parece á ti cosa natural y corriente ese modo de enviar á una joven que está enferma á que siembre el oro en una gruta?

— Yo, la verdad...

Sin darle tiempo á que acabara, el caballero continuó:

— Porque para sacar fuera del castillo á esas señoras, y provistas de una suma respetable, preciso es que esa gitana tenga poderosas razones, que nosotros ignoramos, pero que no deben ser el interés que le inspira la salud de esa joven. No sé porqué me parece que hay aquí gato encerrado, y que tal vez se prepara una emboscada. Lo cual quiere decir, amigo Matraca, que es mi voluntad poner en claro este misterio y defender, si es preciso, á esas señoras. Anda á ensillar Djaulia.

Un cuarto de hora después, Bernardo de Arma montando su caballo árabe y seguido de Matraca que oprimía los lomos de un mulo cargado de víveres, bordeaba los valles del Menauria y del Noza.

Apenas franqueada la colina de Belvés, nuestro caballero y su acompañante dieron vista al grupo de peregrinos de la Magdalena, por lo que Bernardo decidió seguir con prudencia á los que lo componían, evitando que las viajeras pudieran verlos. Esto era tanto más fácil cuanto que el valle de la Dordoña, en el que se encontraban, ofrece numerosos abrigos naturales, barrancos profundos y montículos cubiertos de espesura, en los que resultaba cómodo ocultarse.

La marquesa, rendida de cansancio y admirando la energía de que su hija daba palmarias pruebas ordenó hacer alto al llegar á Limeuil.

Hacíase necesario este descanso por dos razones: la primera porque precisaba almorzar; la segunda porque si querían llegar al término de su viaje, no tenían más remedio que buscar un guía, por cuanto Cortansio, que jamás habíase aventurado tan lejos, estaba seguro de extraviarse en aquel dédalo de senderos rudimentarios y todos parecidos.

Oculto tras una pared en ruinas disponíase Sed de Amor á enviar á Matraca á que ofreciera sus servicios á las señoras para sacarlas del apuro en que se encontraban, cuando observó que de detrás de otra tapia no menos ruinosas que la que á él le ocultaba, salía un aldeano á quien la marquesa requirió inmediatamente para que les sirviese de guía.

Púsose pues en marcha de nuevo la comitiva, seguida por nuestro caballero á distancia más que nunca respetuosa.

Acababan de penetrar los viajeros en el país caótico que riega el Vezère, y justo es confesar que el guía de ocasión daba evidentes pruebas de su buena voluntad y de su gran complacencia. Multiplicábase en efecto el hombre, yendo y viniendo del caballo de Pierrila, cuya cincha ajustaba, á la montura de la marquesa, que habíase dado á cojear, y aún hallaba tiempo para acariciar la grupa del trotón que montaba Cortansio, portador del saco con el dinero.

Tal vez aquel hombre llevaba consigo la desgracia, ó era sin sospecharlo un menguado fautor de maleficios; pero ello es que al llegar la cabalgata á la altura de la fuente de Peirnia hubo de producirse un triple accidente que no dejaba en verdad de ser harto extraño.

Fué ello que al pasar por un surco tropezó el caballo de la marquesa, y como no fuera retenido á tiempo, cayó de rodillas. Como es natural, todos hubieran querido precipitarse en socorro de la noble dama cuya situación podía hacerse peligrosa; pero, por desgracia, sólo Solange y el aldeano se hallaban en disposición de acudir en su auxilio.

Pierrila y Cortansio acababan en efecto de apearse algo más bruscamente de lo que ellos mismos hubieran deseado; la primera por haberse roto la cincha de su montura, y el segundo por efecto de un súbito furor que acometiera á su pacífico caballo.

Fué aquel un momento de emoción, la cual por for-

tuna pasó pronto. Ninguno de los caídos tenía la menor contusión: todo quedaba reducido al susto consiguiente. Sin embargo, cuando tranquilizados los ánimos se trató de reanudar la interrumpida marcha, vióse con la natural consternación que dos de los caballos se hallaban inútiles, y que otro de ellos, el que llevaba atado á la grupa el saco con el dinero, atacado sin duda de locura galopaba frenético en dirección al Vézère. Parecía como si un animal dañino le mordiese. La pobre bestia, sin dejar de correr, daba botes inverosímiles, y doblaba el cuello como si pretendiera morirse la penca de la cola.

¿Qué hacían á todo esto Bernardo y Matraca? Refugiados en su escondite de jarales, fueron testigos mudos de la anterior escena, y á punto estuvieron de mostrarse. Sin embargo, pensándolo mejor, decidieron esperar todavía antes de intervenir.

— No hay que precipitarse, señor caballero, — decía el hijo del viñador; — creo que no tardará en presentarse la ocasión de que pidáis estrecha cuenta á ese maldito guía...

— ¿Según eso, tú también crees que él no es ajeno á cuanto ocurre á esas señoras?

— Tres accidentes de un solo golpe me parecen muchos para ser debidos á la casualidad, — dijo sentenciosamente Matraca.

— Cierto. Ese individuo tan complaciente ha acariaciado la grupa del caballo que salta allá abajo...

Con seguridad le ha echado pimienta bajo la cola, señor caballero, no lo dudéis...

— También me ha parecido ver que friccionaba las rodillas de la montura de la marquesa.

— Queréis decir que ha hecho como si las fricciones; pero en realidad ha plantado en ellas alfileres.

— ¿Será posible? Entonces, según tú, tampoco ha ajustado la cincha del otro...

— Sí, eso sí, pero seguro estoy de que encontramos esa cincha cortada con un cuchillo.

— ¡Ventre del diablo! — exclamó el caballero. — Si ese patán es un traidor, ya puede prepararse; voy ahora mismo á hacerle ver...

La manaza carnosa de Matraca cayó pesada sobre el hombro del caballero.

— Guardaos bien de hacerlo, — dijo. — Lo mejor por ahora es ver y oír.

E consejo era oportuno. Contúvose Bernardo y llevó la mano al pabellón de la oreja para mejor oír lo que se dijese.

— Señora, — decía en aquel momento el aldeano, — por esa cuestecilla que veis ahí, á la derecha, llégase en poco tiempo al castillo de Marzac, cuyo dueño goza fama de hospitalario.

— ¿Pero y el saco? — preguntó la dama.

— Yo me encargo de alcanzarlo con vuestro permiso, señora, — dijo Solange, quien había montado de nuevo á caballo.

Los ojos del aldeano brillaron con extraño fulgor al oír estas palabras.

— Señorita, — dijo enseguida inclinándose, — acompañada por mí estaréis siempre en seguridad; pero no

os aventuréis sola, porque podríais ser atacada por la banda de Sed de Sangre, que es la plaga del contorno...

Aquella era la primera vez que Bernardo oía pronunciar semejante nombre; pero no se detuvo á pensar en ello, porque la conversación continuaba.

La marquesa resistíase á confiar la custodia de su hija á un extraño; y como ni Cortansio ni ella misma podían acompañarla, lo más acertado era ir todos al castillo de Marzac, aplazando por veinticuatro horas la excursión á la gruta de la Magdalena.

Solange se resistía. La tímida joven, sin comprender que al proceder de aquel modo cometía un pecado, tenía fé indestructible en la predicción de la egipcia, y ganosa de recobrar la salud juzgaba indispensable llevar aquel mismo día el dinero á la gruta, y no al siguiente, por lo cual lo que urgía era apoderarse del caballo que llevaba el saco.

Tanto insistió, haciendo valer estos argumentos, que la marquesa hubo al fin de ceder. Y mientras ella se dirigía al castillo de Marzac acompañada de Cortansio cargado con la silla y llevando del diestro los dos caballos, Solange se alejaba en dirección al río, precedida por el servicial aldeano, y en la compañía de Pierrila quien había montado á la grupa del caballo de su ama.

No obstante la impaciencia que devoraba á Sed de Amor por correr en pos de Solange, hubo de esperar aún largo tiempo en su escondite antes de satisfacer sus deseos, porque desde el sitio elevado por el que mar-

chaban la marquesa y Cortansio dominaban el paisaje. Salir de los jarales que le ocultaban hubiera sido venderse. Esperó pues á que llegase el momento deseado. Cuando Matraca dió la señal de marcha, Solange habíase ya perdido de vista.